



El gestor de Educación 2020, y voz activa en la agenda, está escribiendo sus memorias. A los 73 años —jubilado, pero totalmente activo— acumula cinco libros, una neuropatía que no lo suelta, cuatro cánceres y una enorme preocupación por el destino de Chile. “Estoy desolado”, dice. Este es Mario Waissbluth 2021. “Vamos directo a la argentinización”.

POR RITA COX F.

—**Jaime Mañalich:** “Mmm, déjame ponerme entonces el sombrero de doctor. Sospecho que puedes tener un síndrome de burnout, o surmenage, como le decían antes. Primera pregunta: ¿estás cansado?”.

—Mario Waissbluth: “Ufff. Totalmente, tengo ganas de mandarlo todo a la mierda, a las 6 de la tarde quiero estar en la cama, y me toma tres veces el tiempo de antes escribir cualquier cosa”.

—Jaime Mañalich: “¿Y... cómo anda tu situación inmunológica?”.

—Mario Waissbluth: “Una sinusitis detrás de otra, furúnculos en todo el cuerpo, aftas en la boca. Bicho que se me para encima me lo agarra”.

—Jaime Mañalich: “Mira, Mario, por tus síntomas, tienes definitivamente burnout, que es en realidad estrés crónico, no episódico, y estás jugando con fuego para que te vuelva un cuarto cáncer”.

Era inicios de 2015, el diálogo lo sostuvieron el entonces exministro de Salud de Sebastián Piñera y el ideólogo de Educación 2020. Después de cuatro años en la cartera, Mañalich hacía un paréntesis en el cargo —al que volvió en 2019—, como académico de la Universidad San Sebastián. Durante el almuerzo lo recomendaba a Waissbluth bajar las revoluciones.

Uno de los puntos de inflexión que, a los 73 años, Mario Waissbluth anota en “Recuerdos descabellados”, las memorias dedicadas a su familia que comenzó a escribir en agosto de 2020. Allí recorre desde su infancia, como alumno adelantado en dos años del Liceo José Victorino Lastarria, y su llegada con apenas 15 a Ingeniería Química en la Universidad de Chile. “Adelantarme fue un error garrafal de mis padres que pagué con soledad durante toda la educación media”, recuerda.

Padre de tres hijos y casado con Elena Itzamilic, Waissbluth avanza hasta su militancia en el MAPU, el exilio en México que vivió junto a su primera esposa, Eugenia Weinstein; su regreso a Chile en democracia; sus asesorías para el Transantiago y advertencias sobre un seguro fracaso durante el gobierno de Ricardo Lagos; la gestación de Educación 2020; su mirada sobre la crisis social y la pan-

demia. Capítulos que relata con buenas dosis de humor y la sabiduría que dan los años, la distancia de los hechos y, especialmente, el duro aprendizaje que le ha dejado la enfermedad. El dolor físico crónico que lo ha hecho buscar alivio dentro y fuera de sí mismo.

“El diosior” Mañalich no solo me anticipó el cuarto cáncer, sino que yo ya lo tenía activo el día que estábamos almorzando”, se lee en las memorias, donde también le da los créditos al exministro en su determinación de jubilarse pocos días después de ese almuerzo.

Frente a una bebida de guaraná con harito hielo, de espaldas a un jardín de pasto perfecto, Mario Waissbluth cuenta hoy que fue a los 50 años que la salud se le “desplomó” y que sus tiempos de tenista parecen muy lejos —“con copas y todo”—, cuando jugaba cerca de su casa, en El Club de Tenis El Alba. A los dos cánceres de vejiga y dos linfomas que se ha tratado, se suma una neuropatía que a veces le impide levantarse de la cama y que lo tiene con un parche de neomorfina pegado a la espalda. Tanto o más cruda, es su adicción a los medicamentos y el proceso de desintoxicación que también relata en sus *Recuerdos descabellados*.

Hoy es un buen día. Se hace difícil imaginarlo sin la energía de esta tarde, aunque hace notar detalles, como las manchas en la piel de la zona de la cabeza y un enrojecimiento en la nariz, que emergen como “bomba atómica latente”, la forma en que describe el cáncer al sistema linfático que lo tiene alerta a cada mínima señal. “Es cosa de levantarse todos los días y verme una mancha, una espinilla, para que en una de esas esté pasando algo malo”, dice. Añade que entre remedio y remedio se gasta 400 mil pesos al mes.

Jubilado en movimiento

Repite varias veces que tiene mucho tiempo, porque “estoy jubilado”, pero a la corrección de sus memorias, que buscan editorial, se suma el blog que estrenará y que “me permitirá escribir lo que se me dé la gana”; las clases particulares de matemáticas que una vez por semana le hace a uno de sus nietos adolescentes; el cultivo de la huerta que armó a los pies del monumental palto de su casa; y los cuidados a “Cucha”, la gata colorina que lo tiene tomado. Voz siempre activa del debate de actualidad, hace pocas semanas hizo públicas tres propuestas programáticas, como es costumbre cada vez que se acerca una nueva elección presidencial: Transformación profunda del Estado, de la educación escolar y del sistema de salud son los ejes de estas entregas elaboradas por tres grupos paralelos de consulto-

res del Centro de Sistemas Públicos que fundó hace unos 15 años.

Mario Waissbluth jubilado no parece muy distinto al Mario Waissbluth de antes de la jubilación. Aunque, reconoce, en su etapa anterior era muy poco probable pillarlo un martes a las cuatro de la tarde chequeando con un medidor de humedad que sus plantas gocen de buena salud.

—El programa “Un nuevo trato en salud, reforma impostergable” propone terminar con las isapres e implementar la gratuidad universal. ¿Es posible hacer eso en Chile?

—Llegamos a la conclusión de que no había otra salida. Lo de las cotizaciones no tiene arreglo, hay que terminar con las isapres y hay que dar gratuidad; es decir, que como ciudadana no tengas siquiera Fonasa. Debería bastar con mostrar tu carné de identidad y si te estás sintiendo mal, te vas al centro de salud primaria, que es tu punto de contacto inicial. Estamos haciendo una copia del sistema inglés. Esto se financia con impuestos. Cuesta el 3% del PIR. No me voy a meter a decir si el impuesto es a las empresas, a las personas, a los más ricos. Ese no es mi tema.

Waissbluth detalla que “de ese 3%, dos puntos se van directo a tu bolsillo, porque dejas de pagar cotizaciones”.

—¿Qué evaluación hace del sistema público de salud puesto a prueba en la pandemia?

—Sin salud pública en Chile, la pandemia se come al país. El sistema reacciona cuando se le presiona. Pero proponemos una reestructuración completa de la red, que incluye terminar con la Subsecretaría de Redes, que es una subsecretaría política, con un subsecretario y funcionarios políticos, y crear el Instituto Nacional de Salud de Chile, que sería el paraguas técnico, con todos los grupos concursables, y que no tendría que andar cambiando con cada gobierno. El equivalente al National Health Service inglés.

Su padre fue médico, además de coronel de Carabineros. Su hermano es gastroenterólogo y tiene un tío doctor. Desde hace casi 20 años que la salud lo ha obligado a pasar por muchos “diosiores”. Conoce bien el sistema privado. Dice, en todo caso, que nada de eso influyó en esta radical propuesta programática. “Sin mi experiencia sería el mismo programa. Pero, efectivamente, soy como la oveja negra de la familia. ¿Sabes por qué no estudié Medicina? Iba derecho para allá. Fui un niño que abría sapos para entender cómo funcionaban. Pero mis ganas desaparecieron cuando comencé a acompañar a mi papá a los turnos de urgencia del J.J. Aguirre, donde llegaban los apuñalados y las personas más pobres. Quedé horrorizado con la parte social. A los 13 años ya no me sentí capaz de lidiar con esos niveles

“Mi domicilio es el de un socialdemócrata desolado. Estoy convencido de que la única posible salvación de Chile es una socialdemocracia seria, responsable”.

de horror. Y eso es lo mismo que ves hoy cuando vas a cualquier urgencia de un hospital público. Es el infierno en la Tierra”.

Desolado y huérfano

—¿Qué foto le saca a lo que está pasando en Chile, entre pandemia, asamblea constituyente, campañas electorales y votación de un cuarto retiro?

—Estoy desolado por lo que está pasando en Chile. Estamos navegando en uno de esos barcos a los cuales ya les cuesta mucho torcer el rumbo por ser grandotes y van directo a estrellarse. Vamos directo a la argentinización. Uno podría decir, “bueno, Chile tiene 18% de pobres y Argentina tiene un 40%”. Pero los costos de la argentinización, de la destrucción populista, probablemente no los vamos a pagar ni tú ni yo, pero sí un porcentaje muy grande de la población, por la irresponsabilidad, de la cual el cuarto retiro viene siendo la cereza del pastel. El cuarto retiro es un evento emblemático. Lo está impulsado gente que sabe que está destruyendo la economía. Lo saben a ciencia cierta. No hay un economista de derecha, de centro, de izquierda, del Banco Central, del comité financiero, no hay nadie que no diga que esto va a tener efectos de terror en la economía, en la inflación. Y, sin embargo, lo hacen.

—¿Cuándo se equivocó el rumbo?

—Como decía Vargas Llosa, “¿cuándo se jodió el Perú?”. ¿Cuándo se jodió Chile? En 2015 escribí el libro *Tejado de vidrio*, donde se dice por qué Chile se está yendo al chancho. Yo lo atribuyo a la Constitución de 2005.

—La reforma constitucional de Lagos.

—Sí, porque ahí se aprobaron los períodos presidenciales de cuatro años, con —más encima— elección municipal al medio. Presidente, ministros, alcaldes y parlamentarios jugándose en elecciones así de frecuentes, desesperados por conseguir votos, presos de una ansiedad delirante. Si para obtener ese voto tengo que mandar a la mierda al país, no importa. Hay que aferrarse con dientes y uñas a la teta. Indicadores de productividad, índices económicos, encuestas sobre la solidez del sistema político dan cuenta, desde 2005 en adelante, de lo que vemos hoy.

Mario Waissbluth suma otro factor a su diagnóstico, a este “deterioro moral y anómico”. “En la primera década de la democracia, del 90 al 2000, todos los partidos tenían una épica. Esa épica protegía de la corrupción. A medida que la democracia se fue asentando, y ya estaba claro que no íbamos a tener a Pinochet, casi todos se quedaron sin relato”.

—¿Qué impresión le ha dado la Asamblea Constituyente?

—Valoró la diversidad que está representada, pero creo que nadie imaginó que iba a haber un porcentaje tan alto de talibanes.

—¿Talibanes?

—Los que creen que todo lo de antes de ellos es una basura y quieren ‘inventar un país nuevo’. Talibanes comandados por el comandante Baraldit.

—¿Cómo ha repercutido la pandemia en este clima político-social?

co-social?

—Lo ha agravado todo. La conducta de cientos de miles de personas andando sin mascarilla por las calles, de una manera irresponsable, es muy similar a lo que ves en la Convención y en la Cámara de Diputados. Es anomía. Nuevamente, es la república de la anomía; la república de la pérdida del contrato social.

—¿Qué lugar tiene el Presidente Piñera en este contexto?

—Piñera es un personaje muy triste de la política chilena. Hay un buen artículo por ahí, de alguna revista británica, que dice que en América Latina a todos los presidentes gerencialistas les fue muy mal. Es el caso de Piñera, como un elefante en una cristalería en materia de declaraciones. Él, y algunos de sus ministros, le agregaron granitos de pólvora al estallido. No supo manejarlo de ninguna manera.

—¿Cuál es hoy su domicilio político?

—Mi domicilio es el de un socialdemócrata desolado. Estoy convencido, y eso no me lo va a quitar nunca nadie jamás, de que la única posible salvación de Chile es una socialdemocracia seria, responsable, que vaya lentamente caminando en dirección hacia los países del norte de Europa.

—¿Algún candidato que tenga su voto?

—No. Hasta hace unas semanas era Boric, pero empecé a ver al candidato Boric en un “no, es que pucha, el cuarto retiro, quién sabe, pero lo más probable es que...”. Un cabro de 25 años, que se supone actúa por principios, entrando a las mismas transacciones que los demás. Ahí se me derrumbó mi candidato. Estoy huérfano.

—¿Hay candidatos que le generen miedo, que sean peligrosos para el futuro cercano del país?

—El único que me podría dar algo de miedo es Sichel. Por mucho que haga todo tipo de gestos de modernización de la derecha, su base es la UDI, RN y Fvópoli, y pondrían a puros personajes de esos tres partidos a gobernar y eso podría generar un segundo estallido. No quiero, en ningún caso, y subrayo eso, hacer campaña del terror. Si digo que puede existir alguna probabilidad de que un gobierno de esa naturaleza se maneje tan mal como se manejaron los ministros del gobierno de Piñera.

Adicción, respirar, aguantar

Fue el tratamiento de su segundo cáncer de vejiga el que le produjo una neuropatía. “Se llama el síndrome del calcetín entre los neuropáticos. Es como si el calcetín fuera hecho de alambre de cobre y te pusieran electricidad. Es lo que me obligó a jubilarme. No puedo asumir un compromiso. Nunca sé cómo va a ser mi día. Mi calidad de vida es muy jodida”.

Mario Waissbluth hace una pausa. Se mueve unos metros hasta un rincón que permite ver un retrato de Nicanor Parra —con quien dice identificarse de muchas maneras—, para luego confesar que “tú no sabes la cantidad de droga que yo tengo en mi cuerpo para resistir el dolor. Hubo un momento en que los doctores me doparon tanto con benzodiazepinas y opiáceos que me convirtieron en adicto. El

libro *Introducción a la gestión pública* lo edité preso de la adicción. Un día me reuní con una de las colegas para discutir uno de los capítulos. Tres semanas después llamé a otra de las colegas para discutir exactamente el mismo capítulo. Se me había borrado de la memoria”.

“Un par de ‘diostores’, durante 2017 y 2018, me fueron aumentando progresivamente los medicamentos para el dolor. Opiáceos como en el caso del Dr. House, más benzodiazepinas como Alprazolam o Amparax para engañar el cerebro, y Somno para dormir. A fines de 2017 ya era un zombi, hablaba lento, me repetía como anciano, y había perdido la memoria severamente. Y los dolores seguían igual”, se lee en *Recuerdos descabellados*. El relato sigue con “viajé a ver unos super ‘diostores’ a Boston, especialistas en dolor crónico, quienes me dijeron que lo que menos les importaba era mi dolor, que tenía que hacer trabajo mental para aguantarme porque no se me iba a ir, pero que en Chile me estaban destruyendo la memoria y la capacidad de raciocinio a punta de drogas”. En mayo de 2019 terminó en la UCI una semana.

—¿Cómo es su relación con estos medicamentos?

—Mi señora me vigila. Yo soy igual que un alcohólico recuperado. Siempre estará latente la tentación de un Amparax. La Nena es mi soporte final. Hay momentos en que el dolor es insostenible.

—Usted es ateo. Frente al dolor, la desesperación, la amenaza de la muerte, ¿no se ha tentado con la religión?

—No, a pesar de tener un hijo rabino. Pero sí me he acercado a algo más prosaico: la meditación. Es una práctica permanente que uso para contener el dolor. Tengo dolor todos los días, entonces medito todos los días. En una escala de la 10 de dolor, con la meditación y respiración controlada hasta el nivel 7.

—¿A qué más recurre?

—Al yoga. También me he interesado en la filosofía Zen. Por ejemplo, recorro frecuentemente a la frase de una persona parapléjica, un hombre muy especial que me presentó un amigo, y que hace cuatro años me dijo: “Mario, tú tienes que aprender a distinguir entre dolor y sufrimiento. Una cosa es que tú sientas dolor en un pie y otra cosa es que tú sufras por tener un dolor en el pie”.

—¿Qué frase más desafiante.

—Es una frase que me vuelve, me vuelve y me vuelve. ¿Por qué tengo que estar sufriendo? Sí, me duele, no sabes cómo me duele, pero ¿por qué tengo que estar sufriendo? Mi sufrimiento es una actitud mental frente a la vida, que implica preguntarme “¿por qué a mí?, ¿por qué yo sufrí tanto?”. Y no, no puedo permitirme eso. ☺

“Yo soy igual que un alcohólico recuperado. Siempre estará latente la tentación de un Amparax. La Nena es mi soporte final. Hay momentos en que el dolor es insostenible”.